

José Carlos Becerra: la última leyenda

Mauricio Molina

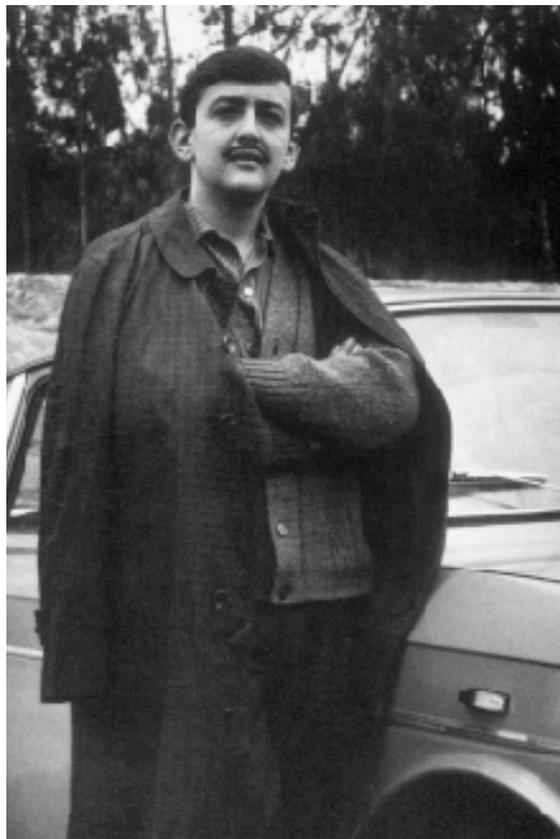
Existen poetas que gracias a una mágica combinación entre la vida y la obra llegan a convertirse en verdaderos héroes culturales. Tal es el caso, en la poesía mexicana, del poeta tabasqueño José Carlos Becerra.

Nacido en Villahermosa en 1936 —cumpliría setenta años en 2006— y muerto en 1970, en Brindisi, Italia, Becerra cumple con todas las cualidades del poeta legendario, cuya vida breve se detuvo frente a la eternidad en un trágico accidente automovilístico frente al Mar Adriático.

Su poesía, al mismo tiempo arraigada en su época y destinada a ser una de las grandes obras poéticas de la literatura mexicana del siglo XX, ineludiblemente nos remite a la era nostálgica de los años sesenta: la época de las flores en el pelo, las botas altas y los cómics, de *Batman*, *Mandrake*, *Narda*, *Fantomas*, la era de los Beatles, el tiempo mítico de nuestras tías, cuando las muchachas se peinaban el chongo con *crepé* y saltaban de las crinolinas a las minifaldas; esos años en que se bailaba a gogó y había chicas yeyé, y todavía había que hablarles de usted a los papás, y ponerse de pie frente al himno nacional y la bandera, y la Revolución Cubana calentaba los ánimos en las calles, y los estudiantes de Berkeley, París, Praga y *Mexico City* se preparaban para el fallido asalto de la utopía.

Imágenes e iconos: José Agustín con cuba libre, juventud desenfadada, nacidos para perder, despintados pósters del Che Guevara, olor a mota entre el *Libro Rojo de la escuela* y las notas iniciales de *Satisfaction* de los Rolling Stones.

Es la misma época fantasmagórica en que la clase media perdió la virginidad para



José Carlos Becerra

siempre, al ritmo de Enrique Guzmán, Julissa, Armando Manzanero, mientras se prefiguraban los rituales sangrientos de la Plaza de las Tres Culturas y continuaba uno más de los pleitos interminables del divorcio dilatado entre la sociedad mexicana y el Estado.

Es en este contexto donde se inserta de manera natural la poesía de José Carlos. No es casual que el poema con el que se da a conocer en 1960 lleve el título de *Blues*, y que entre los títulos de sus poemas se encuentren *Batman*, *Ragtime*, *El halcón maltés*.

Sin embargo, una lectura atenta de su poesía nos revela al poeta que va en busca del fulgor del instante, que sigue las instrucciones para pasar la noche en un espejo.

Dotado del aliento de un poeta versicular y narrativo, Becerra está sumergido en la espesa selva de su paisaje natal y en él coexisten La Venta y los coches descompuestos, el abrigo en los hombros de una mujer saliendo de un bar y la imagen de un antepasado capturada en el momento de su fusilamiento, en ese fragmento magistral de prosa barroca, único en la literatura mexicana del siglo XX, titulado *Fotografía junto a un tulipán*.

Un poeta se reconoce por sus lecturas y preferencias: Proust, Eliot, Octavio Paz, Lezama Lima, Paul Claudel, Saint-John Perse, Neruda, Pellicer, definen los gustos de José Carlos Becerra; sin embargo, su poesía es totalmente original: es la búsqueda personal, íntima, para encontrar el medio de expresión de sus obsesiones.

La poesía de Becerra nos demuestra la falacia de la joven promesa literaria, un concepto que ha hecho tanto daño a la literatura mexicana. La suya es una obra cumplida que se sostiene en la originalidad de una voz, en el tono personal de una poética. Basta la lectura de su poesía, reunida bajo el título de *El otoño recorre las islas*, para encontrarnos con el que quizá sea el mejor poeta mexicano de la segunda mitad del siglo XX.

Su muerte trágica, ocurrida en mayo de 1970 cuando contaba apenas con treinta y cuatro años, interrumpió su voz, pero su obra persiste mientras existan atentos lectores de poesía y sobre todo frente a tanto poeta desechable. La vida, la muerte y la obra de José Carlos Becerra forman ya una parte inevitable de la leyenda de la poesía mexicana. U